

HEKER



La muerte que se narra acá (o el preámbulo de esa muerte) ocurre al costado del relato central de mi novela *El fin de la historia*. Se verifica en la primavera de 1976, en una casa donde un hombre está escondido con su hija y en el diario que una mujer (Diana Glass) lee en la cama mientras toma mate. Pero el texto (o el recuerdo de Diana Glass) se desplaza dos veces a otros tiempos: una, a una noche festiva y esperanzada de 1962; otra, al invierno de 1971, época en que la militancia y la acción se veían incuestionables, época en la que, como un anticipo siniestro de lo que vendría, sucedieron persecuciones gubernamentales y parapoliciales que a veces desembocaban en la muerte y, por primera vez, hubo que hablar de desaparecidos.

Los contrastes entre puntos de vista y entre circunstancias históricas y privadas no son inocentes. Creo que la literatura de ficción es el ámbito propicio para que los hechos contradictorios y aun los pequeños incidentes que conforman nuestra historia se expongan en crudo, tal como fueron antes de que cristalizaran en el relato consensuado de la Historia. Creo también que sólo llegando al fondo de esas contradicciones y sacando a la luz aun aquello que perturba nuestra opinión-ya-formada de las cosas podremos reconstruir en plenitud nuestra memoria y asumir sin simplificaciones la historia. ■

Presentación de L. H.

La noticia ocupa apenas una columna por quince centímetros. Diana, en la cama, la espalda bien apoyada sobre dos almohadas, leyendo ritualmente el diario mientras toma mate, está por descubrirla, sin recuadro, en la página de policiales. *Esto es lo perturbador* (ha escrito), *que uno siga cumpliendo sus ritos y hasta sienta cierto placer al cumplirlos, que yo aún sea capaz de detenerme a palpitar la temperatura justa del agua antes de verter con lentitud el primer chorro; que mientras espero sin apuro que la yerba se ponga esponjosa, abra la puerta de mi casa y entre el diario. Y después, como quien se organiza una discreta fiesta, me meta de nuevo en la cama a leer mientras tomo mate. Este acto mínimo ¿no ha sido siempre una garantía de pequeño orden? Más tarde el día fatalmente iba a desordenarse, me haría pedazos, y yo terminaría exhausta, al borde del caos, con una tenue sensación de fracaso, pero este primer rito, tan bien pautado, ¿no ha urdido siempre un refugio?, ¿la sospecha de que el día aún podría deslizarse hacia la felicidad? Eso, justamente, es lo perturbador: que también ahora, al ejecutar este sencillo hábito puedo percibir, como un soplo, cierto vestigio de una promesa. Lo que no me impide saber, desde el centro mismo de las tripas, que detrás de cualquier noticia pueda sobresaltarme la muerte.*

Pero ésta no la sobresalta. De algún modo la esperaba desde hace un mes.

Escuetamente dice que en un enfrentamiento con las Fuerzas Armadas y en presencia de su hija de diez años ha muerto el jefe montonero Fernando Kosac. Ella se tapa la cara con las manos pero los ojos despavoridos de Violeta la siguen en la precaria oscuridad: están mirando, uno a uno, a los asesinos de su padre. El cuerpo también sigue allí aunque ella haya apretado los ojos detrás de sus manos. El cuerpo acribillado de un hombre que fue hermoso. Y su mirada transparente –cómo mira un hombre un segundo antes de ser un muerto– tal como era en el único recuerdo completo que tiene de él, una noche de alegría del verano del sesenta y dos.

Aunque tal vez no es un solo recuerdo, son dos, porque si trato de unir los cabos sueltos el tiempo real no concuerda, no es posible que los dos hechos hayan ocurrido una misma noche, ni siquiera, tal vez, que los dos hayan ocurrido. Pero para mí fue así, todo ocurrió y todo en una noche, la noche luminosa del triunfo del MAR, que no era el mar sino el Movimiento de Avanzada Revolucionaria pero tenía el nombre que se merecía y por primera vez había ganado –¡la izquierda había ganado!– las elecciones de Ciencias Exactas, razón por la cual esa noche bailamos –¿era en la todavía incipiente Ciudad Universitaria o en la vieja Facultad de la Manzana de las Luces?, todo es incierto en el recuerdo y sin embargo todo resplandece con luz propia–, bailamos hasta que el corazón quiso saltársenos fuera del cuerpo, al ritmo de las canciones de Carlos Puebla, Dios mío, todos los nombres, todas las palabras parecían tener un sentido, mar, puebla, y el acto vital de mover el cuerpo con la alegría animal de los dieciocho años también tenía un sentido, formaba una sola inseparable cosa con esa otra alegría, la de la música cubana, que a la vez era un corte de manga a todos los que querían detener la historia, Aquí pensaban seguir / jugando a la democracia / y el pueblo que en su desgracia / se acabara de morir. / Y seguir de modo cruel / sin cuidarse ni la forma / con el robo como norma / y en eso llegó Fidel. *La vida era una explosión, un loco ritmo caribeño, todos bailaban y yo también al son de la rumba porque mi cuerpo no dudaba como a veces dudaba mi cabeza y porque también a mí me gustaba anunciar a los cuatro vientos que se acabó la diversión, llegó el Comandante y mandó a parar, aunque cierta zona incurable dentro de mí persistía en preguntarse si realmente era así, si también por estas tierras del Sur se iba a acabar alguna vez la diversión, y si esta elección ganada en un solo Centro de Estudiantes era para tanta pachanga, razón por la cual en algún momento había dejado de bailar y estaba mirando con nostalgia y también con amor –amor por lo que es bello y está bien puesto en el mundo– el baile del muchacho de grises ojos transparentes y la joven mujer cetrina de pelo cobrizo. Se los ve tan íntegros, tan hermosos, tan hechos para la rumba y para este tiempo de revolución que mirarlos da júbilo y, al mismo tiempo, una inexplicable tristeza, o yo siento una inexplicable tristeza, como si ya supiera que esta noche de verano y fiesta no va a durar para siempre. Entonces el muchacho de ojos grises me mira con su mirada transparente. Tal vez lo suyo es mera piedad, o es extrañeza. Pero yo me siento protegida por esa mirada, también para los melancólicos, y los poetas, y los que no encuentran su lugar en la tierra va a haber un lugar en este mundo que estamos fraguando, parece decirme con esa mirada. Aunque en otro rincón improbable de esa misma noche estamos en el Parque Retiro festejando el triunfo del MAR entre la Montaña Rusa y la Rueda de la Fortuna, yo más bien solitaria y un poco descolocada mirando a estos jóvenes militantes que giran con la Rueda y cantan una canción que repite palo bonito palo-é, y pensando si estaré en este Parque sólo por solidaridad y si tiene sentido esto de mirar, sólo mirar cómo gira la Rueda. Entonces el muchacho de ojos grises, que sin duda ha captado mi soledad y ha querido restañarla, se me acerca en la noche sobresaltada de resplandores y milagrosamente me habla de Chejov, de la tenue y obstinada tragedia que alienta siempre debajo de las historias cotidianas de Chejov. Y yo siento que hay un lugar en el mundo para mí.*

[* * *]

Ojos grises y fríos observándola a través de la mesa del Tiziano, la mirada no es la que Diana recuerda. Le ha alcanzado unos papeles:

–Tenés que entregárselos a Ordaz antes de mañana al mediodía –ha dicho como se imparte una orden militar.

Diana se siente ligeramente molesta; esto tiene poco que ver con Cástor y Pólux. *La muerte transforma,* se le ha cruzado mientras hablan trivialidades, dos personas educadas intercambiando impresiones sobre el clima. *El contacto con la muerte. Transforma.* Hace un esfuerzo por desentenderse de esa idea y seguir el relato que (tal vez para que lo de ella no parezca una subalterna misión de guerra, o por un mecanismo similar al que lo ha llevado a acercarse en la noche resplandeciente para hablarle de Chejov) él le está contando ahora. Un cronómetro, está hablando ¿desde cuándo? de un cronómetro excelente que se le había descompuesto, lo había dejado en Lutz Ferrando tres días antes de que él y Leonora tuvieran que huir. La boleta había quedado en el departamento pero, claro, los milicos se la habían llevado junto con los libros -mirada sugestiva–, los cinco tomos encuadernados de *El Capital* sin ir más lejos, algo irrecuperable. A él le resultaba imprescindible ese cronómetro (hizo una pausa fugaz en la que Diana consiguió imaginar operativos cronometrados que se le entreveraban con la aventura y el sueño).

–Así que dejé pasar una semana y al fin me fui a Lutz Ferrando. Miré fijo a la empleada y le dije: "Dejé a arreglar un cronómetro así y así el día tal y tal pero perdí la boleta". La chica revisó un fichero y me miró aterrada. "No se lo podemos dar", decía, "no se lo podemos dar". Yo clavé los ojos en ella y me alejé caminando hacia atrás, muy despacio, sin dejar de mirarla. Estaba espantada pero no se animó a moverse –se rió–. Debió pensar que ahí mismo yo iba a sacar una Ballester Molina y la iba a dejar seca.

Diana observa los ojos fríos que la miran sin condescendencia y piensa que sí, que la chica debía estar espantada y qué diablos tendría que ver eso con los cinco tomos encuadernados de *El Capital.* Apenas una ráfaga que suprime con destreza y que ahora, cinco años después ante el diario abierto, también suprime: se saca el pelo de la frente como quien ha decidido eliminar de su pensamiento toda impureza. Y, como una reivindicación tardía, piensa que es una suerte que Fernando haya aprendido a tiempo a no tener piedad. Porque con esa mirada helada e implacable –el último recuerdo que ella tiene de él– debió haberles hecho frente a sus asesinos antes de morir.

[* * *]

La imagen formada no corresponde del todo a los hechos. Es lógico: está construida con datos del diario, y el diario sólo en parte dice la verdad. Que el tiroteo ocurrió en presencia de Violeta es cierto. Desde hacía casi un mes no se separaba de su padre, salvo las noches en que él iba a buscar provisiones. Cuando se iba, ella se quedaba sentada en el suelo, junto a la puerta, escuchando los pasos en la calle, "Angel de la guarda, hacé que vuelva", diciendo como su mamá le había enseñado que dijera cada vez que tenía miedo. "No hay ángel de la guarda", decía su papá, "sólo los hombres y las mujeres y los chicos. Por eso tenemos que luchar nosotros: para conseguir un mundo mejor para toda la gente, acá sobre la Tierra". Era lindo lo que decía su papá, pero su mamá sabía hacer las cosas más fáciles. Decía que aunque ellos no creyeran en Dios, el ángel de la guarda es algo que está bien, y que lo llamase sin problemas cuando tuviese miedo porque él la iba a proteger,



MUE
COM

Fragmento de El fin de la historia, de

MUERTE DEL COMBATIENTE

Por Liliana Heker

La noticia ocupa apenas una columna por quince centímetros. Diana, en la cama, la espalda bien apoyada sobre dos almohadas, leyendo ritualmente el diario mientras toma mate, está por descubrirla, sin recuadro, en la página de policiales. *Esto es lo perturbador* (ha escrito), *que uno siga cumpliendo sus ritos y hasta sienta cierto placer al cumplirlos, que yo aún sea capaz de detenerme a palpitar la temperatura justa del agua antes de verter con lentitud el primer chorro; que mientras espero sin apuro que la yerba se ponga esponjosa, abra la puerta de mi casa y entre el diario. Y después, como quien se organiza una discreta fiesta, me meta de nuevo en la cama a leer mientras tomo mate. Este acto mínimo ¿no ha sido siempre una garantía de pequeño orden? Más tarde el día fatalmente iba a desordenarse, me haría pedazos, y yo terminaría exhausta, al borde del caos, con una tenue sensación de fracaso, pero este primer rito, tan bien pautado, ¿no ha urdido siempre un refugio?, ¿la sospecha de que el día aún podría deslizarse hacia la felicidad? Eso, justamente, es lo perturbador: que también ahora, al ejecutar este sencillo hábito puedo percibir, como un soplo, cierto vestigio de una promesa. Lo que no me impide saber, desde el centro mismo de las tripas, que detrás de cualquier noticia pueda sobresaltarme la muerte.*

Pero ésta no la sobresalta. De algún modo la esperaba desde hace un mes.

Escuetamente dice que en un enfrentamiento con las Fuerzas Armadas y en presencia de su hija de diez años ha muerto el jefe montonero Fernando Kosac. Ella se tapa la cara con las manos pero los ojos despavoridos de Violeta la siguen en la precaria oscuridad: están mirando, uno a uno, a los asesinos de su padre. El cuerpo también sigue allí aunque ella haya apretado los ojos detrás de sus manos. El cuerpo acribillado de un hombre que fue hermoso. Y su mirada transparente –cómo mira un hombre un segundo antes de ser un muerto– tal como era en el único recuerdo completo que tiene de él, una noche de alegría del verano del sesenta y dos.

Aunque tal vez no es un solo recuerdo, son dos, porque si trato de unir los cabos sueltos el tiempo real no concuerda, no es posible que los dos hechos hayan ocurrido una misma noche, ni siquiera, tal vez, que los dos hayan ocurrido. Pero para mí fue así, todo ocurrió y todo en una noche, la noche luminosa del triunfo del MAR, que no era el mar sino el Movimiento de Avanzada Revolucionaria pero tenía el nombre que se merecía y por primera vez había ganado –¡la izquierda había ganado!– las elecciones de Ciencias Exactas, razón por la cual esa noche bailamos –¿era en la todavía incipiente Ciudad Universitaria o en la vieja Facultad de la Manzana de las Luces?, todo es incierto en el recuerdo y sin embargo todo resplandece con luz propia–, bailamos hasta que el corazón quiso saltársenos fuera del cuerpo, al ritmo de las canciones de Carlos Puebla, Dios mío, todos los nombres, todas las palabras parecían tener un sentido, mar, puebla, y el acto vital de mover el cuerpo con la alegría animal de los dieciocho años también tenía un sentido, formaba una sola inseparable cosa con esa otra alegría, la de la música cubana, que a la vez era un corte de manga a todos los que querían detener la historia, Aquí pensaban seguir / jugando a la democracia / y el pueblo que en su desgracia / se acabara de morir. / Y seguir de modo cruel / sin cuidarse ni la forma / con el robo como norma / y en eso llegó Fidel. *La vida era una explosión, un loco ritmo caribeño, todos bailaban y yo también al son de la rumba porque mi cuerpo no dudaba como a veces dudaba mi cabeza y porque también a mí me gustaba anunciar a los cuatro vientos que se acabó la diversión, llegó el Comandante y mandó a parar, aunque cierta zona incurable dentro de mí persistía en preguntarse si realmente era así, si también por estas tierras del Sur se iba a acabar alguna vez la diversión, y si esta elección ganada en un solo Centro de Estudiantes era para tanta pachanga, razón por la cual en algún momento había dejado de bailar y estaba mirando con nostalgia y también con amor –amor por lo que es bello y está bien puesto en el mundo– el baile del muchacho de grises ojos transparentes y la joven mujer cetrina de pelo cobrizo. Se los ve tan íntegros, tan hermosos, tan hechos para la rumba y para este tiempo de revolución que mirarlos da júbilo y, al mismo tiempo, una inexplicable tristeza, o yo siento una inexplicable tristeza, como si ya supiera que esta noche de verano y fiesta no va a durar para siempre. Entonces el muchacho de ojos grises me mira con su mirada transparente. Tal vez lo suyo es mera piedad, o es extrañeza. Pero yo me siento protegida por esa mirada, también para los melancólicos, y los poetas, y los que no encuentran su lugar en la tierra va a haber un lugar en este mundo que estamos fraguando, parece decirme con esa mirada. Aunque en otro rincón improbable de esa misma noche estamos en el Parque Retiro festejando el triunfo del MAR entre la Montaña Rusa y la Rueda de la Fortuna, yo más bien solitaria y un poco descolocada mirando a estos jóvenes militantes que giran con la Rueda y cantan una canción que repite palo bonito palo-é, y pensando si estaré en este Parque sólo por solidaridad y si tiene sentido esto de mirar, sólo mirar cómo gira la Rueda. Entonces el muchacho de ojos grises, que sin duda ha captado mi soledad y ha querido restañarla, se me acerca en la noche sobresaltada de resplandores y milagrosamente me habla de Chejov, de la tenue y obstinada tragedia que alienta siempre debajo de las historias cotidianas de Chejov. Y yo siento que hay un lugar en el mundo para mí.*

[* * *]

Ojos grises y fríos observándola a través de la mesa del Tiziano, la mirada no es la que Diana recuerda. Le ha alcanzado unos papeles:

–Tenés que entregárselos a Ordaz antes de mañana al mediodía –ha dicho como se imparte una orden militar.

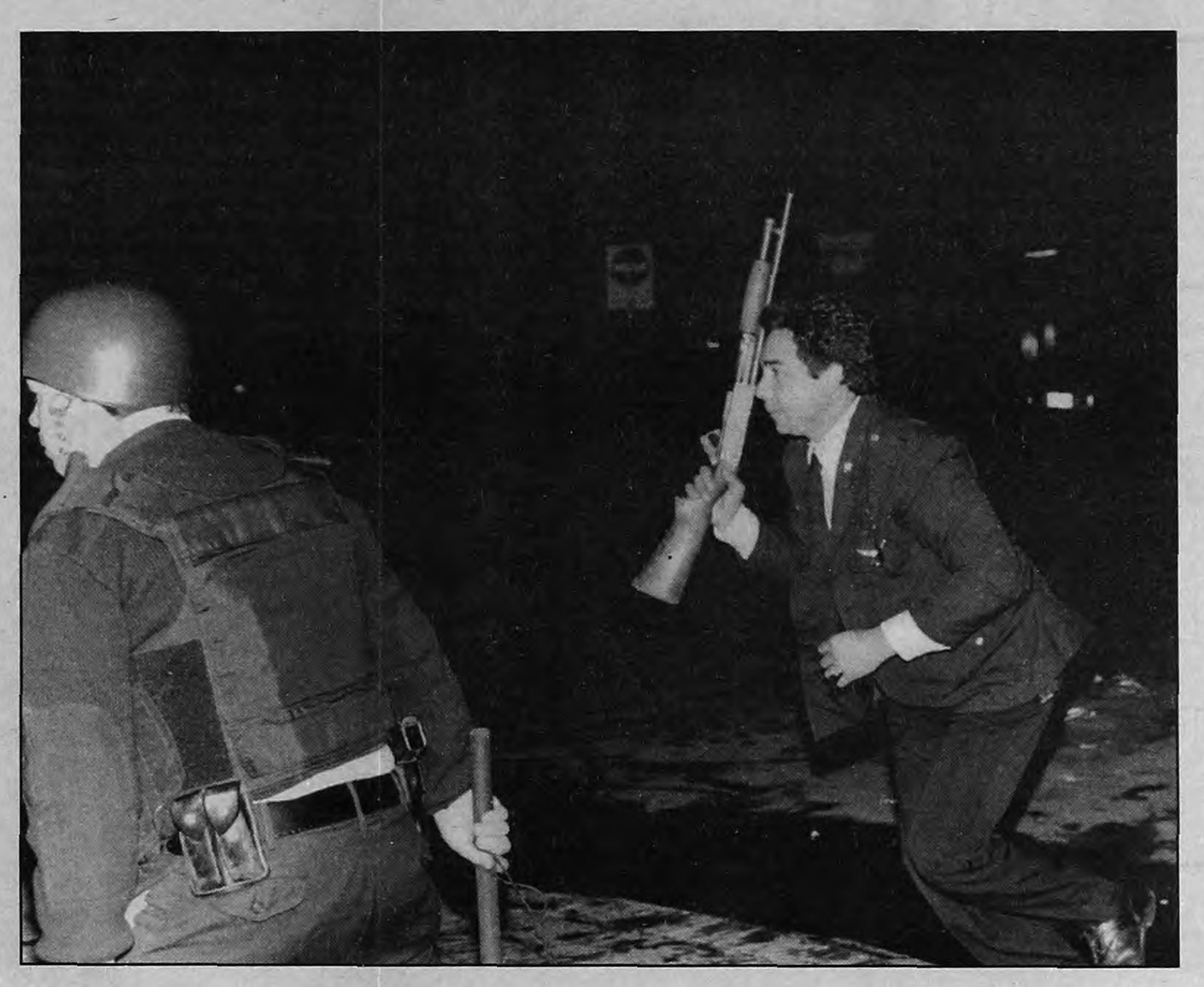
Diana se siente ligeramente molesta; esto tiene poco que ver con Cástor y Pólux. *La muerte transforma*, se le ha cruzado mientras hablan trivialidades, dos personas educadas intercambiando impresiones sobre el clima. *El contacto con la muerte. Transforma*. Hace un esfuerzo por desentenderse de esa idea y seguir el relato que (tal vez para que lo de ella no parezca una subalterna misión de guerra, o por un mecanismo similar al que lo ha llevado a acercarse en la noche resplandeciente para hablarle de Chejov) él le está contando ahora. Un cronómetro, está hablando ¿desde cuándo? de un cronómetro excelente que se le había descompuesto, lo había dejado en Lutz Ferrando tres días antes de que él y Leonora tuvieran que huir. La boleta había quedado en el departamento pero, claro, los milicos se la habían llevado junto con los libros -mirada sugestiva–, los cinco tomos encuadernados de *El Capital* sin ir más lejos, algo irrecuperable. A él le resultaba imprescindible ese cronómetro (hizo una pausa fugaz en la que Diana consiguió imaginar operativos cronometrados que se le entreveraban con la aventura y el sueño).

–Así que dejé pasar una semana y al fin me fui a Lutz Ferrando. Miré fijo a la empleada y le dije: "Dejé a arreglar un cronómetro así y así el día tal y tal pero perdí la boleta". La chica revisó un fichero y me miró aterrada. "No se lo podemos dar", decía, "no se lo podemos dar". Yo clavé los ojos en ella y me alejé caminando hacia atrás, muy despacio, sin dejar de mirarla. Estaba espantada pero no se animó a moverse –se rió–. Debió pensar que ahí mismo yo iba a sacar una Ballester Molina y la iba a dejar seca.

Diana observa los ojos fríos que la miran sin condescendencia y piensa que sí, que la chica debía estar espantada y qué diablos tendría que ver eso con los cinco tomos encuadernados de *El Capital*. Apenas una ráfaga que suprime con destreza y que ahora, cinco años después ante el diario abierto, también suprime: se saca el pelo de la frente como quien ha decidido eliminar de su pensamiento toda impureza. Y, como una reivindicación tardía, piensa que es una suerte que Fernando haya aprendido a tiempo a no tener piedad. Porque con esa mirada helada e implacable –el último recuerdo que ella tiene de él– debió haberles hecho frente a sus asesinos antes de morir.

[* * *]

La imagen formada no corresponde del todo a los hechos. Es lógico: está construida con datos del diario, y el diario sólo en parte dice la verdad. Que el tiroteo ocurrió en presencia de Violeta es cierto. Desde hacía casi un mes no se separaba de su padre, salvo las noches en que él iba a buscar provisiones. Cuando se iba, ella se quedaba sentada en el suelo, junto a la puerta, escuchando los pasos en la calle, "Angel de la guarda, hacé que vuelva", diciendo como su mamá le había enseñado que dijera cada vez que tenía miedo. "No hay ángel de la guarda", decía su papá, "sólo los hombres y las mujeres y los chicos. Por eso tenemos que luchar nosotros: para conseguir un mundo mejor para toda la gente, acá sobre la Tierra". Era lindo lo que decía su papá, pero su mamá sabía hacer las cosas más fáciles. Decía que aunque ellos no creyeran en Dios, el ángel de la guarda es algo que está bien, y que lo llamase sin problemas cuando tuviese miedo porque él la iba a proteger,



como las hadas de los cuentos. "Para cuentos, cuentos", decía su papá, y cuando ella se acostaba venía a sentarse al lado con un libro, y le leía un cuento. Sobre todo *La casita bonita*, que estaba en el libro de cuentos rusos y era el que más le gustaba.

"¿De quién es esta casita tan bonita? ¿Quién vive en ella?"

"Yo, la mosquita golosita", decía ella antes de que su papá tuviera tiempo de leerlo. Y aunque resultaba claro (y su papá se lo decía) que entonces era innecesario que se lo leyera porque ya lo sabía de memoria, ella cada noche pedía que fuera este cuento y no otro, como si el escucharlo siempre igual una y otra vez creara a su alrededor un aura de seguridad, un refugio, algo que permanecía inalterable aunque tuvieran que ir escapando de casa en casa y dormir siempre en camas distintas y con gente distinta, y aunque muchas veces su mamá y su papá no estuvieran y ella tuviese que pedir, contra el deseo de su papá, como le había enseñado su mamá: "Angel de la guarda, hacé que vuelvan". Pero eso era antes, cuando sus papás le hablaban de un mundo mejor que estaban construyendo para los chicos como ella, y en todas las casas donde vivían había alguien que cantaba o tocaba la guitarra, y cambiarse el apellido para ir a la escuela era como un juego, además siempre había una maestra a la que su mamá podía contarle el secreto y esa maestra la quería más que a los otros y le hacía las cosas fáciles. Después ya nadie cantaba ni le hablaba del ángel de la guarda, y sin saber por qué todo daba miedo y su papá no le contaba cuentos. Ahora sí, otra vez. Ahora que estaban los dos escondidos en esta casa porque a su mamá se la habían llevado y tal vez no la viera nunca más, ahora ella le pedía todas las noches los cuentos rusos, y él, aunque no tenía el libro y le decía que ya estaba grande para cuentos, hacía memoria y se los repetía casi palabra por palabra. El del abuelo que había plantado un nabo, y el de la zorra y el estornino, y el del lebrato fanfarrón, y el de la rana zarevna, y el de la casita bonita, sobre todo el de la casita bonita, que era el que más le gustaba.

De modo que en ese aspecto el diario había dicho la verdad. No se separaban nunca, así que cuando los hombres llegaron y rodearon la casa Violeta estaba presente. Y también estuvo presente durante el tiroteo. Lo que no es cierto es que él haya muerto durante el enfrentamiento. Ni siquiera se puede afirmar que haya ocurrido algo a lo que corresponda llamar "enfrentamiento", aunque tampoco es fácil darle otro nombre. ¿Cómo denominar a la acción que se produce entre quince hombres con ametralladoras, rodeando una casa por el frente y desde los techos de las casas vecinas, y un hombre cansado que resiste a los tiros detrás de una ventana, con una hija a pocos pasos llorando debajo de una mesa: Papá, no quiero que te mueras.

[* * *]

No sólo cansado; también estaba perplejo: parapetado detrás de la ventana, rodeado de hombres que debían estar controlando el patio desde los techos e iluminaban con reflectores la casa desde el frente, no acababa de entender por qué no habían entrado derribando puertas y a los tiros. Que estaba rodeado, había dicho la voz del altoparlante, que no tenía escapatoria. Pero la descarga que vino después, más que a matarlo parecía destinada a comunicarle: podemos liquidarte cuando se nos dé la gana. El respondió con tiros.

–Sabemos lo de su hija –dijo la voz, y a él le extrañó el tratamiento-. Le vamos a dar tiempo para que la haga salir. –Después agregó: -Tenemos a la madre.

Muerta, se dijo, y volvió a tirar.

Las ametralladoras respondieron.

–Está en sus manos –dijo la voz–. La vida de su hija. En sus manos.

Nuevos disparos.

Desde atrás, amortiguado por la mesa, le llegó el llanto de Violeta. *Mamá*, oyó a través del llanto, y simultáneamente algo sobre su esposa dicho por el altoparlante. Algo que no entendió bien, o que creyó haber escuchado mal.

Dio vuelta la cabeza y adivinó el cuerpo acurrucado de Violeta, los ojos abiertos de terror. Ya no lloraba.

–No tiren –dijo después de un silencio prolongado–. Violeta va a salir.

La persuadió. Con la voz con que solía contarle cuentos rusos y con una promesa en la que no se animaba a creer. "Vas a encontrarte con tu mamá", y le dio un beso de despedida. Pensó que era raro eso de despedirse para siempre. Eso de morirse, raro.

La vio salir, lenta y desgreñada, el pelo largo cayéndole sobre la cara como cuando recién se levantaba de dormir y venía a treparse a su cama; adivinó ametralladoras apuntándola en silencio, desde la sombra. Después no la vio más, no tuvo tiempo. Ahora las balas rompían los vidrios y atravesaban las paredes. La voz del altoparlante también atravesaba las paredes, sólo que llegaba distorsionada por el estruendo. El disparó con furia contra esa voz.

Hasta que algo ocurrió. Tal vez fue que, al dejar un momento de disparar, pudo escuchar por fin lo que decía la voz del altoparlante. Tal vez, que quiso darse la oportunidad de comprobar una mentira y por eso, y recién entonces, dejó de disparar. O que, extrañamente, se vio en La Higuera, metido en una historia ajena con la que tantas veces había soñado. *–No tiren, soy el Che* –creyendo, el hombre de torso desnudo y cara de Cristo, que algo en esas palabras detendría la mano de los hombres que lo apuntaban, o confiando pese a todo en su semilla y en la estirpe indoblegable del Hombre Nuevo.

–No tiren. Voy a salir –se oyó desde afuera, con una voz que muchos años después Violeta escucharía en sueños.

Apareció en la puerta. Tenía una herida en el hombro y estaba desarmado. No los miró con la expresión de hielo que, vindicadora, iba a ponerle Diana Glass. Ni con la mirada traslúcida con la que una noche de verano de desbordante música cubana se había acercado a una adolescente solitaria para hablarle de Chejov.

Era una situación nueva, así que su mirada –que trataba de distinguir entre todos los que lo apuntaban al hombre del altoparlante– también fue una mirada nueva.

–Papá –dijo Violeta.

–Disparen –dijo el Escualo. 

Fragmento de El fin de la historia, de Liliana Heker, Alfaguara



ERTE DEL
MBATIENTE

Por Liliana Heker

como las hadas de los cuentos. "Para cuentos, cuentos", decía su papá, y cuando ella se acostaba venía a sentarse al lado con un libro, y le leía un cuento. Sobre todo *La casita bonita*, que estaba en el libro de cuentos rusos y era el que más le gustaba.

"¿De quién es esta casita tan bonita? ¿Quién vive en ella?"

"Yo, la mosquita golosita", decía ella antes de que su papá tuviera tiempo de leerlo. Y aunque resultaba claro (y su papá se lo decía) que entonces era innecesario que se lo leyera porque ya lo sabía de memoria, ella cada noche pedía que fuera este cuento y no otro, como si el escucharlo siempre igual una y otra vez creara a su alrededor un aura de seguridad, un refugio, algo que permanecía inalterable aunque tuvieran que ir escapando de casa en casa y dormir siempre en camas distintas y con gente distinta, y aunque muchas veces su mamá y su papá no estuvieran y ella tuviese que pedir, contra el deseo de su papá, como le había enseñado su mamá: "Angel de la guarda, hacé que vuelvan". Pero eso era antes, cuando sus papás le hablaban de un mundo mejor que estaban construyendo para los chicos como ella, y en todas las casas donde vivían había alguien que cantaba o tocaba la guitarra, y cambiarse el apellido para ir a la escuela era como un juego, además siempre había una maestra a la que su mamá podía contarle el secreto y esa maestra la quería más que a los otros y le hacía las cosas fáciles. Después ya nadie cantaba ni le hablaba del ángel de la guarda, y sin saber por qué todo daba miedo y su papá no le contaba cuentos. Ahora sí, otra vez. Ahora que estaban los dos escondidos en esta casa porque a su mamá se la habían llevado y tal vez no la viera nunca más, ahora ella le pedía todas las noches los cuentos rusos, y él, aunque no tenía el libro y le decía que ya estaba grande para cuentos, hacía memoria y se los repetía casi palabra por palabra. El del abuelo que había plantado un nabo, y el de la zorra y el estornino, y el del lebrato fanfarrón, y el de la rana zarevna, y el de la casita bonita, sobre todo el de la casita bonita, que era el que más le gustaba.

De modo que en ese aspecto el diario había dicho la verdad. No se separaban nunca, así que cuando los hombres llegaron y rodearon la casa Violeta estaba presente. Y también estuvo presente durante el tiroteo. Lo que no es cierto es que él haya muerto durante el enfrentamiento. Ni siquiera se puede afirmar que haya ocurrido algo a lo que corresponda llamar "enfrentamiento", aunque tampoco es fácil darle otro nombre. ¿Cómo denominar a la acción que se produce entre quince hombres con ametralladoras, rodeando una casa por el frente y desde los techos de las casas vecinas, y un hombre cansado que resiste a los tiros detrás de una ventana, con una hija a pocos pasos llorando debajo de una mesa: Papá, no quiero que te mueras.

[* * *]

No sólo cansado; también estaba perplejo: parapetado detrás de la ventana, rodeado de hombres que debían estar controlando el patio desde los techos e iluminaban con reflectores la casa desde el frente, no acababa de entender por qué no habían entrado derribando puertas y a los tiros. Que estaba rodeado, había dicho la voz del altoparlante, que no tenía escapatoria. Pero la descarga que vino después, más que a matarlo parecía destinada a comunicarle: podemos liquidarte cuando se nos dé la gana. El respondió con tiros.

–Sabemos lo de su hija –dijo la voz, y a él le extrañó el tratamiento-. Le vamos a dar tiempo para que la haga salir. –Después agregó: -Tenemos a la madre.

Muerta, se dijo, y volvió a tirar.

Las ametralladoras respondieron.

–Está en sus manos –dijo la voz–. La vida de su hija. En sus manos.

Nuevos disparos.

Desde atrás, amortiguado por la mesa, le llegó el llanto de Violeta. *Mamá*, oyó a través del llanto, y simultáneamente algo sobre su esposa dicho por el altoparlante. Algo que no entendió bien, o que creyó haber escuchado mal.

Dio vuelta la cabeza y adivinó el cuerpo acurrucado de Violeta, los ojos abiertos de terror. Ya no lloraba.

–No tiren –dijo después de un silencio prolongado–. Violeta va a salir.

La persuadió. Con la voz con que solía contarle cuentos rusos y con una promesa en la que no se animaba a creer. "Vas a encontrarte con tu mamá", y le dio un beso de despedida. Pensó que era raro eso de despedirse para siempre. Eso de morirse, raro.

La vio salir, lenta y desgreñada, el pelo largo cayéndole sobre la cara como cuando recién se levantaba de dormir y venía a treparse a su cama; adivinó ametralladoras apuntándola en silencio, desde la sombra. Después no la vio más, no tuvo tiempo. Ahora las balas rompían los vidrios y atravesaban las paredes. La voz del altoparlante también atravesaba las paredes, sólo que llegaba distorsionada por el estruendo. El disparó con furia contra esa voz.

Hasta que algo ocurrió. Tal vez fue que, al dejar un momento de disparar, pudo escuchar por fin lo que decía la voz del altoparlante. Tal vez, que quiso darse la oportunidad de comprobar una mentira y por eso, y recién entonces, dejó de disparar. O que, extrañamente, se vio en La Higuera, metido en una historia ajena con la que tantas veces había soñado. *–No tiren, soy el Che* –creyendo, el hombre de torso desnudo y cara de Cristo, que algo en esas palabras detendría la mano de los hombres que lo apuntaban, o confiando pese a todo en su semilla y en la estirpe indoblegable del Hombre Nuevo.

–No tiren. Voy a salir –se oyó desde afuera, con una voz que muchos años después Violeta escucharía en sueños.

Apareció en la puerta. Tenía una herida en el hombro y estaba desarmado. No los miró con la expresión de hielo que, vindicadora, iba a ponerle Diana Glass. Ni con la mirada traslúcida con la que una noche de verano de desbordante música cubana se había acercado a una adolescente solitaria para hablarle de Chejov.

Era una situación nueva, así que su mirada –que trataba de distinguir entre todos los que lo apuntaban al hombre del altoparlante– también fue una mirada nueva.

–Papá –dijo Violeta.

–Disparen –dijo el Escualo.

Criptofrase

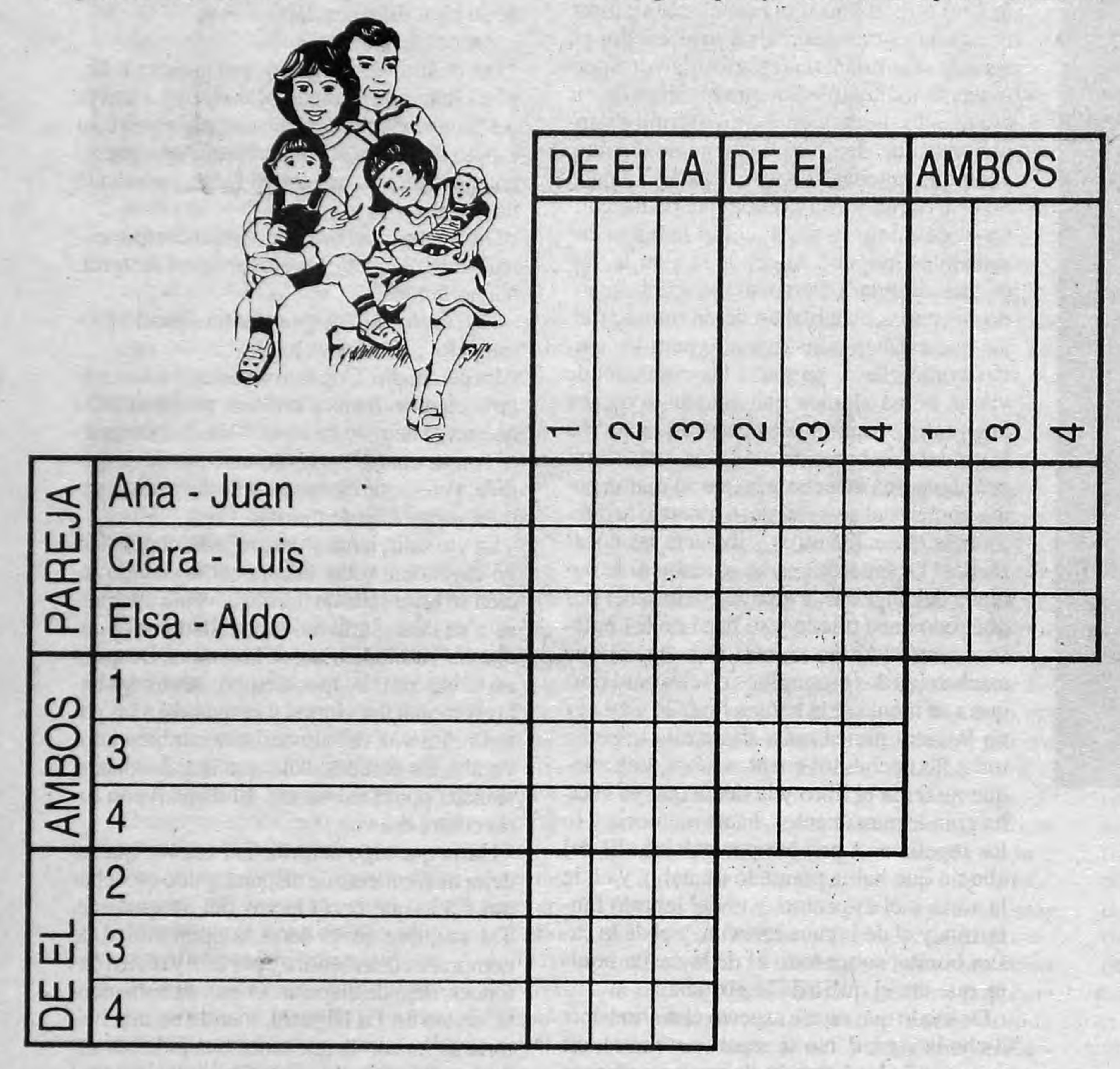
Tomando una letra por columna, descubra en cada tablero cinco palabras del tema indicado. Una palabra no puede tener dos o más letras extraídas de una misma fila.

1	2 L	■	3	4	5	6	■	7	5	■	8	9	10 G	7
9	11 F	9	12	3	■	3	12	1	13	14 T	3	6	2	5
■	14	5	15	5 .	■	3	16	7	■	4	3	8 ,	■	3
2	2	9	■	15	5	7	15	1	■	8	1	■	3	12
1	13	14	3	■	14	5	15	5 ,	■	17	3	18	■	1
8	12	3	8	1	19	■	15	1	■	3	4	5	6 .	■

Tuyos, míos, nuestros

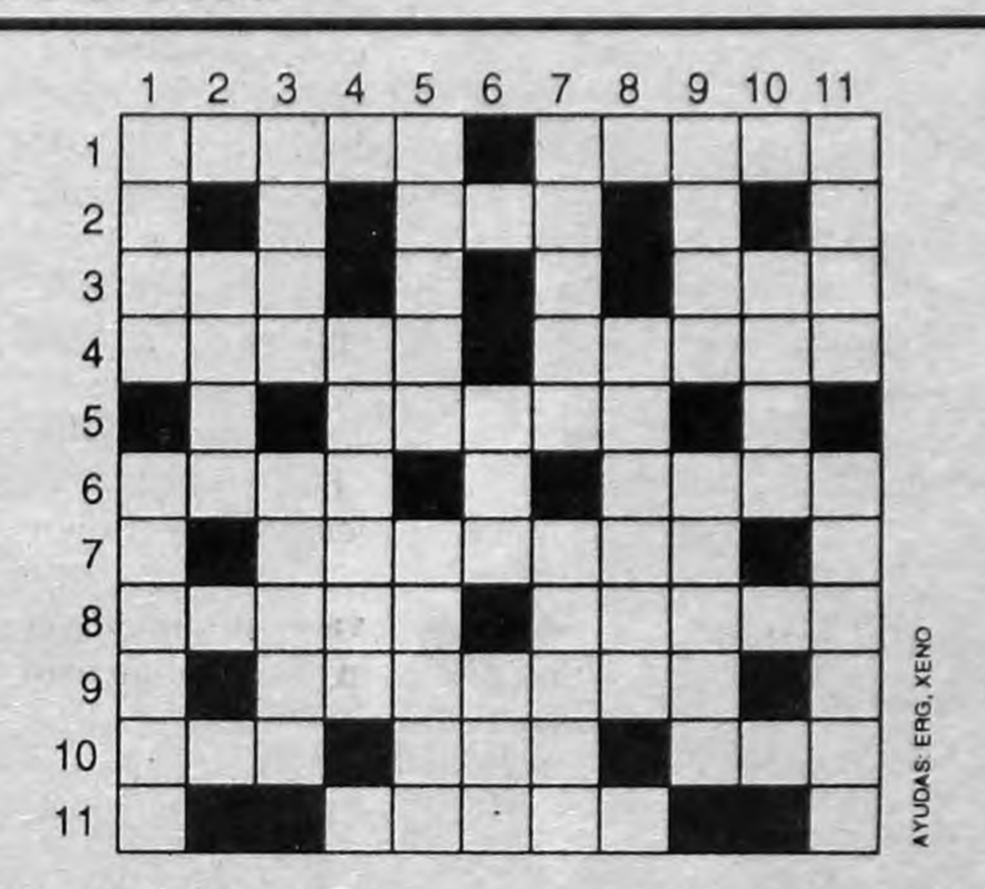
He aquí tres prolíficas parejas casadas en segundas nupcias. Deduzca cómo están "repartidos" sus 23 hijos.

1. Después de casarse, Elsa y Aldo tuvieron tantos hijos nuevos como los que había tenido Clara en su primer matrimonio.
2. Cuando se conocieron, Juan tenía dos hijos más que Ana. Ahora, en total, tienen ocho.
3. Ninguna pareja tiene siete hijos en total.



PAREJA	DE ELLA	DE EL	AMBOS

Ortodoxo



HORIZONTALES

1. Provocar una luxación./ Tenue, delicado.
2. Composición lírica.
3. Antigua secta budista./ En números romanos, 14.
4. Saludo hawaiano./ Cabeza de los misiles, donde se transporta la carga explosiva.
5. Solo en su especie.
6. Alabanza./ Batracio anuro.
7. El que tiene por oficio catar vinos.
8. Arácnido./ Os dirigíais.
9. Levantar algo para tantear su peso.
10. En inglés, dos./ Abreviatura de artículo./ Nombre de la actriz Gardner.
11. Capital de Argelia.

VERTICALES

1. Barro fino para hacer platos./ Acción de llorar.
2. Genio o duende de la mitología escandinava.
3. Prefijo: extranjero./ Puesta de sol.
4. Que huye de las gentes.
5. Nombre del cineasta Polanski./ Cubrir, taponar.
6. Piojo de las gallináceas./ Ergio, en la nomenclatura internacional.
7. Líder de los saduceos./ Entregaste.
8. Corcova, giba.
9. Automóvil de alquiler./ Labrará con el arado.
10. Nombre de varios zares de Rusia.
11. Reclutamiento de gente para un servicio militar./ Anhelar.

Soluciones

Ortodoxo



Criptofrase

"El amor no significa aceptarlo todo. Aún más, allí donde se acepta todo, hay escasez de amor."
Maiacovski

Tuyos, mios, nuestros

Ana - Juan, 1, 3, 4.
Clara - Luis, 3, 2, 1,
Elsa - Aldo, 2, 4, 3.